

IV

CAMBIO DE REVELACIONES

Cuando el queso de leche de cabras quedó sobre la mesa, Enrique rompió al fin el penoso silencio que reinara durante la cena.

— Papá, — dijo — ha llegado la hora de destapar los frascos de Lipari y de brindar por la felicidad de nuestro viaje.

— ¿A qué viaje te refieres, muchacho? — preguntó el viejo carnicero con voz temblorosa.

— Pasado mañana nos embarcamos para Tolón.

— ¿Que os embarcáis?

— Sí, Constante, Francisco y yo, — respondió Enrique levantándose para ir á colocarse detrás de sus dos hermanos cuyo valor vacilante proponíase sostener.

El viejo Bozzo, que adivinara qué clase de noticia quería comunicarles su hijo adoptivo, llevaba embotellado un largo discurso, compuesto de argumentos capaces, según él, de combatir victoriosamente las ideas del muchacho. Pero el pobre no contaba con la huésped; con la emoción que le produjo el ver trocarse en certidumbre lo que hasta entonces no fuera más que un presentimiento. La separación, próxima, definitiva, era indudable. Esta idea le hizo olvidarse de su discurso.

Afortunadamente estaba allí su mujer. Siempre, aun

en las más tristes circunstancias de la vida, sobre todo en aquellos casos en que el hombre se declara vencido, la fuerza moral de la mujer aparece, con deseos de imponerse. Y si son sus afectos los que peligran, entonces lucha con ardor redoblado.

— ¿Has pensado bien, hijo mío, — dijo — lo que vas á hacer? Mira que tu proyecto no me parece muy razonable; — añadió con dulzura. — Que te vayas tú, cosa es á la que no podemos oponernos, aunque esa separación nos cause una pena inmensa: ¡qué demonio! el amor, aun el de los padres, no puede ni debe ser egoísta; has recibido una buena educación, eres inteligente y puedes abrirte camino. Pero Constante y Francisco no están en tu caso; ¿qué quieres que hagan ellos, solos, y lejos del país? Estorbarte, no pueden hacer otra cosa que estorbarte, y eso en el supuesto de que quieras ocuparte de ellos...

— Nada de estorbo; me serán, por el contrario, útiles; — interrumpió bruscamente el joven que había escuchado con visible impaciencia los anteriores razonamientos. — Ni puedo ni quiero marchar sin mis hermanos. Tanto más, — añadió hipócritamente — cuanto que llevándolos conmigo les pruebo mi cariño. ¿Qué apostamos á que si los dejo aquí, antes de ocho días están en poder de la justicia?

Los dos hermanos, que escucharan sin disgusto los razonamientos de su madre, bajaron la cabeza al oír las últimas palabras de Enrique. Este, con una sencilla insinuación, sin valor para otros más listos que ellos, acababa de reconquistarlos.

— No hemos querido entristecer los últimos días que debíamos pasar juntos, — continuó diciendo el mozo, — y por eso decidimos no hablar á ustedes de nuestro proyecto. Nos vamos, sí, pero no crean ustedes por eso que somos malos hijos. Nuestra intención no es la de marcharnos para siempre; ya hace tiempo que convenimos en salir por esos mundos á buscar fortuna, pero sin fijar fecha para nuestra marcha. Ahora, ya ustedes lo saben, el asunto del teniente de gendarmería es causa de que andemos perseguidos como conejos... El día menos pensado pueden darnos un disgusto... Hemos hablado

los tres de eso y hemos convenido en que era necesario largarnos cuanto antes. La isla es hospitalaria, sí, ya lo sabemos, pero á pesar de eso no estamos aquí seguros; más tarde ó más temprano caeremos en manos de los gendarmes en caso de que continuemos aquí, donde nuestra vida está tan en peligro como nuestra libertad. Conque vamos á ver cómo sonrien ustedes... Pues qué, ¿no se les llena el alma de alegría al vernos en tan felices disposiciones?

Enrique se animaba hablando; y aunque en el corazón de los viejos había demasiada tristeza para que los razonamientos del joven fueran bastante á disiparla, no podían por menos de admirar en aquel instante la hermosa cabeza del joven, que dominaba la de sus dos hermanos. Constante era muy moreno y bigotudo, mientras que Francisco era de color algo más claro, tenía castaños los cabellos y su labio superior se ornaba apenas de un bozo naciente; pero ambos tenían la nariz aguileña y ojos de pupila aterciopelada como la que hemos visto brillar en los de Enrique. De modo que en realidad la única diferencia que entre ellos existía debíase á la mayor ó menor opulencia del sistema capilar de sus caras respectivas. Desaparecida esa diferencia á favor del tiempo, era seguro poder llegar á confundirlos.

Molesto al ver que no lograba convencer á sus padres adoptivos, Enrique creyó de su deber reforzar sus argumentos.

— Hacen ustedes mal en querer disuadirnos de nuestra idea, — dijo. — Sobre que ya tenemos los pasajes en el bolsillo, nuestra ausencia, como ya he dicho, no ha de ser eterna. El tiempo pasa pronto; los primeros días estarán ustedes tristes, ¿qué duda cabe! como lo estaremos nosotros... Pero no será floja su alegría cuando nos vean ustedes volver ricos...

— ¿Ricos? — interrumpió la vieja. — ¿Pero es que tú crees que la riqueza se adquiere así, de pronto, infeliz? ¿Pues no te haces pocas ilusiones!

— Todo depende del modo de hacer las cosas. Pero en fin, sea como fuere, tranquilícese usted por lo que respecta á mis hermanos, y tenga la seguridad de que compartirán mi suerte, buena ó mala.

— ¡Ricos! — rezongaba el tío Bozzo sin reparar en que podía ser oído. — Mentira parece que ese muchacho corra en pos de una quimera... Si él supiese que aquí mismo, junto á él, tiene un tesoro inmenso...

— ¿Qué tesoro es ese, papá?

Un estremecimiento involuntario sacudió el cuerpo del tabernero. ¿Le había oído Enrique? Sí, sin duda. Convenía pues reparar la torpeza cometida.

— Me refiero á tí mismo, y á tus hermanos, — dijo Bozzo — que constituís el único tesoro de esta casa, gracias á vuestra robusta juventud.

— Bueno, pues bebamos á la salud de todos, — replicó Enrique despechado, porque las palabras escapadas de labios del viejo habían hecho revivir en su cerebro ciertos vagos recuerdos.

Acordábase, en efecto, de que varias veces, siendo él muy niño, hubo de acompañar al posadero en ciertas visitas que éste hacía de vez en cuando á un subterráneo cuyas proporciones se le antojaban á él vastísimas. Creía asimismo recordar que aquella cueva ó lo que fuese, se hallaba dividida en dos partes, de las que una, la mayor, tenía aspecto de corredor, mientras que la otra afectaba la forma de cripta de basilica; pero ambas, y de esto estaba él bien seguro, contenían fabulosas riquezas, integradas por ornamentos de iglesia, vasos sagrados, pedrería, alhajas y moneda acuñada, todo muy bien arreglado, puesto con orden y método en grandes toneles ó en cajas largas y anchas, adornadas de complicados herrajes. ¡Cuántas veces había pensado, hallándose en el colegio, en esas sus antiguas excursiones subterráneas! Sin embargo, parecía que todo aquello lo había sonado ó tal vez leído en algún libro de cuentos de las mil y una noches; tan confuso estaba en su infantil cerebro el recuerdo de tales visitas.

Y he aquí que el viejo Bozzo hablaba ahora de la existencia de un tesoro. No era pues un sueño, sino realidad tangible; no había leído lo referente á las ocultas riquezas; éstas existían, las había él visto, siendo niño...

— Ahora, — pensaba Enrique — papá Bozzo debe ir solo al subterráneo... La puerta del mismo debe estar en esta casa... Esta misma noche me pondré al acecho...

Llenos estaban los cinco vasos. Enrique, deseando que la preocupación que le embargaba no fuese observada por sus padres de adopción, dió vuelta á la mesa y se colocó entre los dos ancianos, acercando las cabezas de ambos á la suya para besarlas filialmente. Y era á la verdad un cuadro hermoso el que ofrecía su juvenil semblante rodeado de dos caras arrugadas, por cuyos surcos corrían lágrimas de ternura y de aflicción hondamente sentida.

— Mamita no quiere, de seguro, ver apenado á su Enriquín, — decía el joven hablando como en los tiempos de su infancia.

Y la buena mujer, tomando entre sus manos temblorosas la cabeza del joven, lo besaba frenética, llorando y riendo á la vez, de sentimiento y de gozo.

— No nos dejes, pequeño, no nos dejes, — decía.

— Es preciso, mamá.

— ¡Preciso!... ¿Pero es que no ves los cabellos blancos de tu padre? ¿No ves mis canas? ¿Por qué no esperas á que nos hayas cerrado los ojos para llevar á la práctica tus proyectos?

— Tendría que esperar mucho. Usted vivirá aún bastantes años, y Dios haga que así sea; y en cuanto á papá Bozzo, ahí lo tiene usted fuerte como un roble, y ya verá usted cómo nos entierra á todos.

Movía la anciana la cabeza en signo de duda, y escogiendo las palabras que se le antojaban más persuasivas, añadió:

— A nuestra edad, Enrique, se va uno del mundo sin saber cómo. Nadie conoce la hora en que ha de morir y los viejos menos aún que nadie; pero si sabemos que cuanto más avanzamos en edad, más próximo está nuestro fin. Mira, ayer, sin ir más lejos, mientras tú estabas en Ajaccio, moría de repente el dueño de la bonita granja que hay á orillas del Tavaria: Don Ricardo Sabiello...

Al oír esto Enrique se puso en pie como movido por un resorte.

— ¡Muerto! — dijo como hablándose á sí mismo. — ¡Sabiello ha muerto! No sé por qué me impresiona tanto la desaparición de un hombre á quien puede decirse que

no he conocido... ¡Es extraño!... Entre cuantos me son indiferentes, ése era el único que me inspiraba alguna simpatía, y hasta hubiera sido capaz de quererle...

Los dos viejos se miraban á hurtadillas.

Enrique por su parte hizo un esfuerzo para sacudir la impresión de tristeza que parecía dominarle y exclamó resuelto:

— Mamá, nuestra marcha queda fijada irrevocablemente para mañana por la noche.

— ¿Y por qué de noche?

— Porque de noche duermen los gendarmes, y no es cosa de hacer que se molesten en escoltarnos.

Y levantando el vaso añadió:

— A la salud de ustedes.

Constante y Francisco habían asistido á toda esta escena sin tomar en ella parte alguna, como si en vez de dos hombres, fuesen dos muebles familiares, como si su presencia no tuviera utilidad alguna, como si no se contactase con ellos para nada. Pero Enrique había dicho « bebamos » y los dos hermanos, interpretando esta palabra como una orden, cumplíanla con sumisión perfecta, desempeñando concienzudamente lo que ellos creían un deber. Los viejos, resignados, chocaron sus vasos con los de sus hijos, y los frascos de Lipari quedaron pronto vacíos de su contenido.

Dominado por la emoción y también por el vinillo que trasegara, retiróse á poco Bozzo á su cuarto, en el piso principal, donde fueron á reunirse Constante y Francisco que tampoco se hallaban enteramente bien, aun cuando la emoción no entraba por nada en el estado de estos últimos.

Quedaron solos, en la enorme sala de la posada, Enrique y su nodriza.

La vieja estaba muy conmovida, y el mozo pensativo.

Hubo entre ambos un momento de silencio, que se decidió al fin á romper la posadera.

— No sabes lo que me alegro, hijo mío, — dijo — de que nos hayan dejado solos, porque... Verás, tengo que hablarte. He de hacerte una confesión. Bien sabe Dios que hubiera deseado retardarla todo lo posible; pero

como te empeñas en dejarnos... como es muy posible que no volvamos á vernos nunca más...

— ¡Por Dios mamá, déjese usted de cosas tristes! — interrumpió Enrique para contener las lágrimas que veía asomar á los ojos de la anciana.

— ¿Y cómo he de estar alegre, muchacho? ¿No comprendes que cuando vosotros desaparezcáis de aquí, vosotros, la única alegría de esta casa, papá y mamá Bozzo desaparecerán á su vez, conscientes de su inutilidad?... Por eso, aunque me había propuesto revelarte solo en mi lecho de muerte lo que voy á decirte hoy... te enteraré de ello porque es preciso... además nadie ha de reprochármelo; el que me recomendó el secreto ya no existe, y después de todo hablando hoy no hago más que obedecerle. Pero júrame, Enrique, que me perdonarás por haber sabido guardar un secreto que tal vez hice mal en prometer que guardaría... Bueno, pues has de saber que mi marido y yo no somos para tí otra cosa que padres adoptivos. Tu verdadero padre, el que te dió el ser, se llamaba...

— ¡Sabielo! ¿Ricardo Sabiello, verdad? — interrumpió el joven presa de gran agitación.

— Sí.

— ¡Ah! Por eso sin duda un sentimiento indefinible, que no me era posible comprender, me empujaba hacia él... Y eso que me había abandonado...

Por el amor de Dios, Enrique, no te permitas juzgarle. Tu padre no era feliz. Cierto es que no cumplió su promesa como he cumplido yo la mía, pero es porque no podía hacerlo.

— ¡Sabiello! ¡Sabiello mi padre! — seguía diciendo Enrique; — ¿Ignoraba él acaso que me tenía aquí, tan cerca?... No, ¿verdad? y sin embargo, nunca, nunca vino á verme!... ¿Por qué? ¿Qué le había yo hecho á mi padre?... Y usted, ¿por qué no ha hablado antes?... Dos veces me he encontrado con él, y las dos veces me pareció que me miraba con ternura... Su mirada, dulce y triste, la tengo clavada aquí, en el corazón... Y mi madre, nodriza, ¿no me dice usted nada de mi madre?

— Si nada te digo es porque yo no he conocido nunca á la que te dió el ser.

— ¡Cómo! ¿Es posible que mi padre no le dijese á usted nada?...

— Ni una palabra. Tu padre era la lealtad y la discreción personificadas. Son muchas, pero muchas, las veces que intenté saber algo acerca de la autora de tus días, pero mis esfuerzos resultaron estériles. Por algunas palabras que se le escaparon á tu padre la noche que te trajo á esta casa comprendí que se trataba de una mujer poderosa que se veía en la imposibilidad de confesar su falta... ¡Pero qué egoísmo el suyo! Prefirió no verte ni una vez siquiera antes que comprometer su situación. ¡Ah, no son muchas por fortuna las madres que así proceden!... Te advierto que esta es una opinión personal mía, que puede ser equivocada... Porque y acreeo habertelo dicho: tu padre ha provisto á todas las necesidades de tu existencia y de tu educación, pero no ha abierto nunca la boca acerca de ese asunto, y la verdad es que yo no sé nada de cierto.

Enrique, al enterarse á un tiempo mismo del nombre de su padre, de la muerte de éste y de la imposibilidad en que se hallaba de conocer á su madre, quien se había abstraído siempre misteriosamente al más sagrado de sus deberes, hubo de experimentar una dolorosa sensación que por un instante turbó el fondo sereno de su alma joven. Pero no fué más que un instante. Una idea, sugerida por su carácter práctico, abrióse inmediatamente paso en su cerebro, haciéndole olvidar los sentimientos que poco antes le agitaran.

— Sabiello parecía hombre acomodado, — murmuraba sin levantar la vista hacia su nodriza, y como avergonzado de hablar de tales cosas en aquel momento. — ¿Cree usted que se habrá acordado de mí antes de morir?

La pobre mujer sintióse molesta; aquella pregunta interesada le causaba en realidad mucha pena.

— Tu padre, — contestó — era rico, muy rico; pero al mismo tiempo de una voluntad de hierro, é incapaz de volverse atrás una vez tomada una decisión. En eso te le pareces tú... Quiero decir con esto que por no comprometer la memoria de tu madre si es que ella ha muerto también, ó por no turbar en lo más mínimo su quietud en caso que que viva, creo que no ha debido

hacer testamento en favor tuyo. Demás de esto, su fortuna es posterior á tu nacimiento. Hizo un brillante matrimonio según parece, pero no creo que la dicha haya habitado mucho tiempo su hogar. Su mujer, mucho más joven que él, era hembra capaz de dominarle y de ahogar en su garganta el secreto que tu padre tenía el deber de confiarle. Puede que, por miedo ó por cualquier otro motivo, se haya callado Ricardo Sabielo, mientras le era fácil, por gozar de completa salud, continuar protegiéndote, aunque de lejos, de modo oculto; pero como era un hombre leal y como ha dado pruebas de quererte, tengo la seguridad de que no habrá querido llevarse un remordimiento al otro mundo, y que antes de morir habrá revelado á su mujer el secreto de tu nacimiento y cuál era su voluntad en lo que te concierne.

A estas palabras de la anciana siguió un largo silencio por parte de Enrique; éste veía en su interior dos fantasmas luminosos cuya contemplación tenía abstraído; parecía contemplar cómo se acercaban una á otra, cómo se confundían en una sola y cómo volvían á repelerse, dos fortunas; el tesoro entrevisto en las entrañas del suelo, y el representado por la fortuna que dejara su padre.

— Conque ven á darme un abrazo, hijo mío, — dijo al fin la posadera; es tarde ya, y tú debes andar bien necesitado de descanso. Antes de separarnos, he de hacerte una súplica. Ya sabes lo sencillotes que son tus hermanos; precisamente por eso están expuestos á ser víctimas de las pasiones contra las cuales no saben defenderse. Vela por ellos, Enrique. Me consta que tienes gran imperio sobre esos muchachotes; es de suponer que no se atrevan á hacer nada contra tu voluntad. ¿Me prometes hacer lo que te pido?

— Se lo prometo á usted, mamá.

— Gracias, hijo mío. Y tú, guardate también de esos prontos que son la nota dominante de tu carácter; prudencia, y ya verás cómo la fortuna te acompaña en tu camino.

Retiróse la excelente mujer á la alcoba nupcial, y Enrique, por su parte, fingió dirigirse á la habitación que compartía con los dos hermanos; pero apenas hubo

llegado á ella, decidido como estaba á no acostarse aquella noche, descendió de nuevo de puntillas á la sala grande del piso bajo.

Las intenciones del joven, cuando decidiera su viaje, eran sencillamente las de ganar el continente y resolver luego lo que hubiera de hacerse, pues su carrera por esos mundos debía comenzarla sin un céntimo en los bolsillos. Ahora las cosas habían cambiado por completo, y las imprudentes palabras rezongadas por Bozzo de una parte, y de otra la confesión de su nodriza, le hacían esperar que podría emprender el viaje en condiciones bien distintas de lo que antes creyera, pues que de un lado estaba el tesoro escondido y de otro la herencia de su padre.

Por lo que respecta al primero, era de suponer que puesto que sus padres adoptivos habían guardado tan largo silencio en lo referente á su familia, el posadero, que parecía tener motivos para callarse, no iba á revelar de buenas á primeras el secreto del escondite. Hacíase pues preciso conocer por sorpresa la entrada del subterráneo. En caso de que no le fuera dado conseguirlo, quedábale aún el recurso de hacer una visita á la viuda de Sabielo y pedirle cuentas é interesarla por lo menos en favor suyo.

Una hora empleó Enrique en sondear, procurando no hacer ruido alguno, las paredes de la sala baja, obstinándose especialmente en la gran placa de hierro forjado que formaba el fondo del hogar y en la cual aparecía grabado en relieve el escudo de los Bozzi-Bozzo.

En concepto de Enrique era muy verosímil que el dintel de la chimenea, adornado de quincefolios entre dos canelones, formase el pórtico del famoso subterráneo, y que la placa de hierro fuese la puerta del mismo. Si así era en efecto, el feliz cajero de aquel tesoro debía tener á su disposición algún *Sésamo* que le permitiese hacer girar la enorme placa tras de la cual parecía á Enrique ver brillar con fulgores irresistibles la fortuna contenida en aquella cueva de las mil y una noches; por que no obstante la solidez de los músculos del joven, todos sus esfuerzos para abrirla resultaron impotentes, no consiguiendo otra cosa que hacer que el sudor

corriera por sus sienas, sin que en la placa se produjera el menor movimiento.

Ante este negativo resultado abandonó Enrique la sala grande y pasando á la otra, á la destinada á carnicería, fué á esconderse bajo la escalera de caracol por la que el tío Bozzo debía bajar necesariamente en caso de que se le ocurriese hacer una visita á su tesoro.

Pero, ó bien el joven había realmente soñado la existencia del subterráneo lleno de riquezas, ó bien el posadero hubo de perder la costumbre de ir á rondar de noche por el territorio de los topos; lo cierto es que las horas fueron pasando lentas una tras otra, sin que en la casa se produjese el menor ruido.

¡Qué desesperación la de Enrique al cerciorarse de que una estúpida ilusión sin duda habíale hecho perder miserablemente toda una noche! Con la rabia en el alma fuese hacia su cuarto al despuntar la aurora y se arrojó en el lecho sin ser visto ni oído por sus hermanos que dormían pesadamente, como troncos.

Pero apenas hubo cerrado los ojos, levantóse con sobresalto. Una mano acababa de ponerse sobre su hombro.

¡El tío Bozzo!... ¿Habría adivinado aquel hombre las intenciones de Enrique? ¿Había tal vez seguido sus movimientos abajo, mientras buscaba la entrada de la cueva?

— Hoy es jueves, muchacho, — dijo el posadero, disipando sin darse de ello cuenta con sus palabras los temores del joven. — Como es muy posible que en lo sucesivo no sea tu oficio el de carnicero, vengo á ver si quieres matar el carnero por última vez.

— Vamos allá; — dijo Enrique saltando de la cama.

Bajaron los dos hombres á la sala pequeña del entre-suelo, en la cual se encontraba ya el animal destinado al sacrificio. En la carnicería de Bozzo, cuya clientela era tan pobre como poco numerosa sólo se sacrificaban dos reses á la semana; una el jueves y otra el domingo.

El joven tomó en el armero una herramienta que se encontraba al lado de otros cuchillos, y apoderándose brutalmente de las patas delanteras de la pobre bestia la levantó para dejarla caer sobre la mesa de carnicero; luego, sujetando con la mano izquierda la cabeza del

carnero de modo que quedase el cuello del mismo bien en evidencia, hundió furiosamente la hoja de acero hasta el mango tras de la oreja del animal, y haciéndola girar dentro de la herida, la corrió por la garganta hasta la oreja opuesta, con frenesí tan extraordinario, que hubo de ser observado por el posadero.

— Bien mirado, — dijo éste mientras enjugaba el cuchillo que hiciera correr un mar de sangre, — no es este oficio para tí, muchacho; hieres con demasiada furia... ¡Vaya con el niño! Cualquiera, al verte funcionar hace un momento, hubiera podido creer que en vez de un pobre carnero despachabas á un enemigo capaz de defenderse.

Luego, presentando á Enrique el arma, ya limpia, añadió:

— Toma, tú solo te has servido de ella, guárdala como un recuerdo. Mis herramientas no tienen esa forma y son menos lujosas. Has de saber que te doy nada menos que una navaja que según me han dicho perteneció á nuestro antepasado Fra-Diavolo. Mira la hoja; tiene escrito algo que no he podido descifrar nunca...

— Sí, es una frase española... se lee perfectamente... «Sin quererle le mato.»

— Pues mira, no puede ser más justo; claro es que un cuchillo no puede querer matar. Al diablo se le ocurre...

Al anochecer de aquel mismo día Enrique y sus hermanos despidiéronse de los viejos y tomaron la dirección de Ajaccio.

Ya sabemos que debían detenerse en el camino por haber resuelto Enrique hacer una visita, para pedirle dinero, á la viuda de su padre.

Mientras tanto, solos ya, los esposos Bozzo lloraban silenciosamente. La felicidad de ambos había salido de la casa, al salir de ella sus hijos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA

"ALFONSO REYES"

1910 LOS MONTAÑES, MEXICO

Ricardo Sabielo había sido un verdadero luchador por la vida, incansable y enérgico.

Nacido en el pueblecillo llamado Mela, en Córcega, abandonó, en cuanto le fué posible hacerlo, la casa paterna, para darse á correr el mundo en busca de aventuras.

Fué primero grumete á bordo de un brik-barca italiano, luego pescador de ostras perleras en la bahía de Ceilan, más tarde minero en las cavernas diamantíferas de Samhelpour y por último portador de palanquín en Chandernagor. Este último y poco lucrativo pasatiempo hubo de abandonarlo para regresar á su pueblo natal con objeto de incautarse de la modesta herencia de su padre.

Cuando esto sucedía frisaba ya Ricardo en la cuarentena; sin embargo, era lo que se llama un buen mozo, y los viajes, lejos de fatigarle, no habían hecho más que afirmar la viril hermosura de su rostro.

Un día que atravesaba una de las calles de Sarténe para tratar de sus derechos á cierta casa situada á orillas del Tavaría, de la cual había también heredado, hubo de ser visto de la esposa de un teniente de gendarmería, quien se enamoró de él tan loca como súbitamente.

El hombre hizo — dicho sea en honor suyo — cuanto le fué dable por impedir que la vehemente señora faltase á sus deberes conyugales; pero fué tal el ardor desplegado por la bella en sus amorosas manifestaciones, que fuerza le fué ceder á aquellos anhelos, que lisonjaban no poco su amor propio.

Ocupado en la lucha por la vida, Sabielo no había tenido aún tiempo para amar; amó pues con toda su alma; y cuando, dos meses después, la teniente le anunció un día que se hallaba en estado interesante, hubo de experimentar muy dulce emoción y sincera alegría á la idea de una próxima paternidad. Sin embargo, reflexionó luego en que aquel desgraciado ser que no había pedido que le diesen la vida, iba á ocupar en el mundo una situación bastante falsa, y aconsejó á su amiga que anunciase al marido el embarazo como una de esas noticias que llevan la alegría á un hogar, á fin de que el nuevo vástago pudiese hacer, gracias á este subterfugio, una entrada relativamente decente en el mundo.

Por desgracia, un obstáculo insuperable oponíase á la realización de ese plan poco correcto; la esposa adúltera hubo de confesar que su marido, el teniente Lampessadas, era impotente. Así lo había decretado la docta Facultad.

Sabielo, al enterarse de este contratiempo, hubo de pensar que el amor que la dama le profesaba no era precisamente de lo más ideal, y no tuvo empacho en decirle:

— He ahí una impotencia que es un inconveniente serio para tu marido ante todo, después para tí, y por último para nuestro futuro hijo.

A partir de aquel día Sabielo no volvió á visitar á la señora de Lampessadas con otro carácter que el de amigo, y esto gracias al niño; de no existir este lazo, habríala abandonado definitivamente porque sus ojos se habían abierto á la luz; habían visto lo que era realmente su querida, y descubierto en ella tesoros de indolencia y de egoísmo que Ricardo estaba muy lejos de sospechar.

Aquellas culpables relaciones habían sido en resumen, un error de parte suya; creía sinceramente haber servido

de símbolo á aquella mujer en quien el instinto maternal era completamente nulo.

Cuando nació por fin el niño en casa de la madre de la tenienta, Ricardo observó, con amargura infinita, que el amor que sienten hasta los animales por sus crías, era desconocido para aquella mujer, y se apresuró á llevarse la infeliz criatura á quien su madre no había acordado un beso, ni siquiera una mirada.

Al siguiente día embarcó Sabielo con rumbo á Argel.

Ya no debía ver nunca más á la señora de Lampessadas.

En la mañana del día mismo en que él tomaba pasaje en el buque que hacía el servicio entre Marsella y Argel, la mujer de Bozzo, el posadero conocido por su muestra « El tajo maestro » llegaba á la alcaldía de Sarténe para declarar el nacimiento de un niño varón, al que dió el nombre de Enrique, y del cual se declaró madre.

No dejó de sorprender y aun de admirar, esta declaración, al empleado del registro civil encargado del libro de nacimientos. Y era tanto más comprensible su estupefacción, cuanto que pocos días antes hubo de redactar una declaración semejante para un llamado Francisco, hijo de la misma mujer.

Felicitó sin embargo á la madre por su fecundidad, y el digno empleado calificó esta de muy particular, basándose para ello en el hecho de que durante su larga carrera administrativa no había tenido nunca ocasión, hasta entonces, de inscribir el nacimiento de dos gemelos llegados al mundo con no pocos días de intervalo.

Cuanto á Sabielo, apenas desembarcado en Argel, atravesó la ciudad, adquirió un buen caballo, y en una sola jornada, no obstante el calor aplastante, recorrió los cuarenta y ocho kilómetros de la llanura de Melidja, llegando el mismo día á Blida, donde se detuvo á la puerta de un café.

Hizo la casualidad que encontrase en él á un árabe que hablaba bien la lengua francesa, y á quien encantaron el carácter abierto de Sabielo, sus ideas generosas, su afán de aventuras, su palabra fácil y mordaz á la vez. Tanto le encantó todo esto, que le propuso unirse á su caravana que debía salir de allí á pocos días en dirección de la Macta.

En realidad Sabielo no tenía itinerario fijo; proponíase visitar la provincia de Orán y eso era todo. ¿Qué más le daba ir por un camino ó por otro? Pensando en esto y creyendo reconocer en la persona del indígena á algún importante caíd, aceptó su proposición, con tanto mayor placer cuanto que los caminos no eran muy seguros, por hallarse en plena insurrección algunas tribus.

Yusuf Karam había sido un guerrero rudo y roblizo.

Amigo de Francia desde una época ya lejana, desde la sumisión de Abd-el-Kader, abandonó la espingarda para consagrarse por entero al cultivo del esparto en las inmensas llanuras de su propiedad que se extendían desde la Macta hasta Estidia, y su viaje á Blida en aquellos momentos tenía por objeto contratar á Sidi-Akmet como corresponsal y representante suyo en dicha ciudad.

Dos días después de su encuentro con el francés, reanudó el árabe la marcha, acompañado de Ricardo Sabielo y de su hija Malaquea, preciosa argelina de diez y seis años, que había recibido sólida instrucción en el Colegio de damas dominicanas de Argel. Tras ellos caminaban los servidores, conduciendo los bagajes.

Para recorrer el trayecto que separa Blida de la Macta las caravanas más rápidas empleaban generalmente entonces cerca de tres semanas. Hoy el viaje resulta menos penoso, gracias á la línea férrea que acorta las distancias, aunque con perjuicio de lo que podemos llamar aspecto pintoresco del viaje.

Ni un solo momento, durante las interminables caminatas, hubo de desmentirse el buen humor de Ricardo, quien tenía encantado al musulmán, mientras que Malaquea, por su parte, parecía gustar extraordinariamente de la fácil palabra y del carácter comunicativo del corso.

Pero como todo tiene término en este mundo, acercábase ya el del viaje para la alegre caravana.

Después de dejar atrás Medeah, y habiendo pasado por Affreville, Rovina, á orillas del Chelif, Orleansville é Isly, llegaron por fin nuestros viajeros, á los diez y ocho días justos de marcha, á Sidi-ben-Hacel, cuyas casas parecen reclinarse sobre una dulce pendiente bañada en parte por las tranquilas aguas del Anina.



Yusuf parecía preocupado; sin embargo, no olvidó de estrechar la mano de su compañero de viaje antes de ir á recogerse bajo la tienda donde ya le esperaba Malaquea.

Era la muchacha una legítima hija del país del sol, y más aún que sangre parecía correr por sus venas lava hirviente. Hallábase prendada del francés, y el caid lo sospechaba, aun cuando se guardó bien de entablar discusión con su hija á este respecto, porque le era de sobra conocido el carácter violento de la muchacha.

— Padre, — dijo ésta en cuanto el hombre hubo dejado caer la cortina de la tienda, — es preciso que el señor Ricardo siga con nosotros.

Tan seguro estaba Yusuf de que su hija le hablaría de este asunto, más tarde ó más temprano, que no mostró la menor extrañeza al oír tales palabras.

— Es preciso que siga con nosotros, — continuó diciendo la mocita sin dar tiempo á su padre para contestar, — porque si se va...

— Si se va, ¿qué? ¿qué harás si se va?

— Irme con él; — terminó Malaquea mirando á su padre con verdadero descaro.

No son los árabes hombres que se sorprendan fácilmente, en lo que llevan ventaja á casi todos los pueblos en general y á alguno de ellos en particular; Yusuf, como buen árabe, parecía invulnerable á la sorpresa.

— Mira Quea, — dijo con dulzura: — tengo hecho el firme propósito de no contrariarte en nada: pero de eso á pasar ciegamente por todos tus caprichos hay alguna distancia. Claro es que me sería fácil poner reparos al que acabas de formular; pero alégrate, muchacha; por esta vez tus ideas están en absoluto acuerdo con las mías. ¿Es extraño, verdad? Pero es así. Durante estos días de viaje he estudiado bien á ese europeo y he llegado á adquirir la convicción de que su presencia entre nosotros puede granjearnos las simpatías del ejército de ocupación, y aun ser causa de que aumente en notables proporciones la cifra de nuestros negocios... Se trata pues de ver de qué modo podemos hacerlo entrar á mi servicio. La cosa no me parece imposible. El dice que viaja por gusto... puede que así sea, pero la verdad es que su bolsa no está muy repleta que digamos.

— ¿Por qué no le propone usted una plaza de intendente? Dice usted que le parece dotado de gran inteligencia... Precisamente en un cargo de esa naturaleza es donde puede sernos de gran utilidad.

— Despacito, pequeña, despacito; — contestó el caid, dando un beso á Malaquea, que se disponía á retirarse. — Asuntos de tanta importancia hay que resolverlos con calma. Dos días de jornada nos separa aún de Macta; tiempo tengo, como ves, de hablar con nuestro compañero.

Cuando á la mañana siguiente reanudó su marcha la pequeña caravana, antes aun de que el sol brillara en el horizonte, Malaquea, usando de las prerrogativas inherentes á su condición de niña mimada, dióse á hacer galopar su montura, dejando bien atrás á su padre y al huésped europeo. De este modo forzaba la práctica muchacha un diálogo entre el caid y Sabielo, poniendo al primero casi en la obligación de abordar el asunto que á ella interesaba principalmente.

Un cuarto de hora hacía que Yusuf y Ricardo cabalgaban el uno al lado del otro y aun no había encontrado el caid el modo de iniciar una conferencia que se le antojaba espinosa de veras, y por todo extremo delicada. Y cuanto más pasaba el tiempo más comprendía la dificultad de romper aquel silencio guardado hasta entonces y que ya iba resultando penoso en demasía.

Sabielo observaba el mutismo del árabe y hubo de creer que era él la causa de tan obstinada seriedad, por lo que resolvió animar al caid según tenía por costumbre hacerlo.

— No sabe usted cuán agradecido le estoy — dijo — de que me haya procurado el gusto de hacer mis primeras excursiones por Argelia en su compañía y en la de su encantadora hija. Y próxima nuestra llegada á la Macta, donde debemos separarnos...

La ocasión era demasiado buena para que Yusuf la dejara escapar.

— Pero dígame usted, señor Sabielo, — interrumpió, — ¿tan deseoso está usted de dejarnos? Conste que la idea de la separación parte de usted; yo creo que no he hablado una palabra de ese asunto.

— A ver, á ver, Sidi Karam : — dijo Sabielo poco preparado contra aquella protesta. — ¿No quedó convenido desde el principio de nuestro viaje que nos separaríamos en la Macta, usted para reanudar sus trabajos, y yo para proseguir mis exploraciones ?

— Diré á usted; cuando nos encontramos en Blida no era posible prever la estimación, más aún, la amistad que ahora nos une, y que ha nacido en el camino. Yo no sé si he producido en usted alguna impresión, y si esta es buena ó mala en caso de que exista; pero usted se me ha hecho sumamente simpático, hasta el punto de que me sería muy sensible que se separase de nosotros bruscamente.

La sorpresa de Ricardo aumentaba por momentos. Inclínándose ante el chaparrón de frases afectuosas, creyó de su deber dar las gracias.

— Usted me confunde.

— Permítame que acabe. Si no se tratase más que de mí, la separación estaría pronto evitada. Con ofrecer á usted el cargo de intendente mío, que podría aceptar ó rechazar, á su antojo... Pero el asunto es más complicado de lo que parece y yo no entro en él más que de modo indirecto... Verá usted. Mi hija... — supongo que no ha de abusar usted en modo alguno de mi confianza... — Bueno, pues no me interrumpa usted... Mi hija es de una naturaleza, tiene un carácter tal, que es muy expuesto, más aún, verdaderamente temerario, el contrariarla. Usted, amigo mío, ¿para qué ocultárselo? ha sido causa, involuntaria sin duda, de que en su corazón hayan nacido ciertos sentimientos... En fin, mi proposición ha de inspirarse, como se inspira, en ese estado de cosas; de modo que es preciso, de todo punto preciso, que al menos por algún tiempo acepte usted la hospitalidad con que le brindo. Si después de reflexionarlo bien no le sonríe á usted la perspectiva de ser yerno mío, sólo me será dado pedir á usted otro servicio no menos importante : el de que procure desilusionar á mi hija, á fin de que ésta no sea causa de la desgracia de su padre... No, no me conteste usted aún; ya comprendo que una proposición de esta naturaleza, disparada así, á boca de jarro, es para emocionar á cualquiera, y que no es posible con-

testar á ella sin reflexionar previamente. Convenido. Mañana estaremos en la Macta; allí visitará usted mis tierras, y dentro de ocho días, pero no antes, podrá usted darme su respuesta. Hasta entonces ni una palabra más acerca de este asunto.

Así habló el caíd. Hecho esto, hundió sus espuelas en los ijares del bruto que montaba, y fué á reunirse con la argelina.

No le pesaba á Sabielo quedarse solo por algunos minutos, pues sentía gran necesidad de hablarse á sí mismo. Cierto era que varias veces, en el decurso del viaje, sus ojos pecadores hubieron de fijarse con complacencia en la hija del caíd; pero fué tan sólo porque le agradaba contemplar aquella belleza, y sin que se le ocurriese jamás la idea de hacer su mujer de la rica heredera.

Honradamente pensando, no le era posible picar tan alto.

Yusuf Karam era una especie de Greso, á quien habían saludado con respeto todos los notables de Aboukir, de Rivoli y de Mazagran á su paso por dichas ciudades; además, llevaban ya varias horas cabalgando por sus posesiones ¡tan inmensas eran! y aun no habían dado vista á Stidia, situada á diez y ocho kilómetros de la Macta.

La proposición del caíd era tan inesperada, le había sorprendido hasta tal punto, que el pobre Ricardo se preguntaba si estaba él en su sano juicio, ó bien si era Yusuf el que había perdido la razón.

Arrojar la heredera de muchos millones entre los brazos de un infeliz como él, era, en su concepto, más aun que una aberración, un verdadero caso de demencia.

No podía Ricardo creer lo que acababa de oír; pero era sencillamente porque no conocía aún el carácter de la argelina. Contrariar á esta en él más sencillo de sus caprichos, podía determinar una declaración de guerra.

¡Ocho días para pensarlo! No, no necesitaba Sabielo de todo ese tiempo; su decisión estaba ya tomada. Era inútil que consultase más consigo mismo, ó con la almóhada.

Sabielo era un hombre honrado á carta cabal; pero

había conocido la miseria, y creía, como creen muchos otros, que si la riqueza no da la felicidad, es por lo menos un poderoso auxiliar para conquistarla.

Ofrecíasele la fortuna mediante un matrimonio; al aceptar, la mujer, para él, no era más que una cosa secundaria. No quiere esto decir que hubiese llevado la desaprensión hasta el punto de apechugar con una negra desdentada con tal de que con ella le diesen una dote: no. Pero tampoco se hallaba dispuesto á mostrarse muy exigente.

Y he aquí que le ofrecían una muchacha preciosa, no obstante su color ligeramente aceitunado, y rica por añadidura.

¿Qué más podía desear, él, cuyas esperanzas jamás tocaron en los linderos de realidad tan hermosa?

Llegaron á la Macta. Allí, Sabielo fué tratado como un huésped de distinción, y al terminarse los ocho días de plazo, bastó una palabra suya para que lo que él creyera un sueño se convirtiese en la más espléndida de las realidades.

Fué pues esposo de Malaquea, y tomó posesión del cargo de administrador de los bienes de su padre.

Pasaron algunos años, al cabo de los cuales murió el caíd Yusuf-Karam.

Sabielo sufría ya de la añoranza. Deseaba ver de nuevo su país natal, y más aun que éste, á su hijo Enrique, aquel hijo de cuya existencia no se atreviera jamás á hablar á su mujer, atemorizado por los celos feroces que ésta le diera siempre, y por la dominación absoluta que sobre él ejerció desde el primer día de su matrimonio, pero muy especialmente después de ocurrida la muerte del caíd.

Consultó pues con ella sus proyectos, y obtenido el consentimiento, vendió todos los bienes procedentes de la herencia paterna, arruinando con esta venta el comercio de Sidi-Akmet, su corresponsal y comisionista de Blida, si bien, para indemnizarle en lo posible, tomólo á su servicio.

Realizada en fin su fortuna, Sabielo embarcó en Mostaganem con rumbo á Córcega, acompañado de su mujer y de la familia Akmet, compuesta de tres personas.

Apenas llegado experimentó la necesidad de visitar la granja situada á orillas del Tavaria, y de la cual poco ó nada se cuidara hasta entonces.

Fué para él una desilusión la tal visita. Excepción hecha de un mueble turco de extraña forma, todo lo que había en la casa apenas si merecía los honores del fuego.

Por orden de Ricardo desaparecieron en seguida todos los trastos viejos y unos cuantos albañiles y carpinteros pusieron en breves días la casita en condiciones de ser habitada por sus ricos propietarios.

Cuando notificaron á Sabielo que el mueble turco se hallaba empotrado en el muro, y que sin derribar toda una parte de la casa no sería posible arrancarlo de su alveolo, ordenó que lo respetaran y hubo de interesarse por aquel extraño artefacto que sin duda debió ser adquirido ó robado en Turquía por su tío segundo Fra-Diavolo, último gran maestro de la orden de la Misericordia. La casa misma debía haber sido en tiempos remotos un priorato de la misma orden.

Aquel mueble misterioso debía contener doble fondo, y en él se guardaban, con seguridad, secretos que tal vez fuese conveniente conocer.

Ya conoce el lector algunos detalles sobre las particularidades del mueble. El secreto del tablero superior lo encontró Ricardo sin la menor dificultad, y tras él solo vió pequeñas divisiones de estantería completamente vacías en aquel entonces.

En cambio, cuando quiso ábrir el tablero de abajo no pudo conseguirlo de pronto, y se comprende; bajo el esmalte que lo cubría, se ocultaba una puerta de hierro macizo, de doce centímetros de espesor.

Cuando tras grandes esfuerzos logró dejar al descubierto la abertura, sintió erizarse sus cabellos; tal era el horror que sentía en aquel instante.

Afortunadamente había tenido la precaución de cerrar tras sí la puerta de la habitación, y gracias á esto el secreto de lo que vió hubo de quedar ignorado de todo el mundo, excepción hecha del viejo Akmet.

Sabielo desconfiaba de su mujer.

Al poco tiempo de su llegada á la isla, Ricardo colocó al hijo de Akmet en el colegio de Jesuitas de Ajaccio.

No era que desease favorecer de un modo especial al heredero de su antiguo corresponsal, convertido en jardinero; sino que por este medio se proponía tener aunque indirectamente, noticias de su hijo Enrique, interno en el mismo centro docente.

De ahí que cuando el joven Akmet llegaba á la granja para pasar algunos días ó algunas horas de vacaciones, Sabiello se complaciese en interrogarle largamente acerca de sus compañeros de colegio.

Las hazañas que de Enrique se contaban llenábanle de admiración; y si por acaso el pequeño, ignorante del disimulo, le confiaba sus frecuentes querellas con el despota del colegio, Sabiello, con gran estupefacción de Alí, que no alcanzaba á comprender porqué su protector se interesaba por un muchacho á quien no conocía ni conocería nunca, reprendíale severamente, amenazándole con obligarle á interrumpir los estudios en el caso de que no se aviniese á amoldar su conducta á la del muchacho llamado Bozzo.

Así pasaron algunos años. Sabiello había conseguido lo que quería, ser rico; pero no era feliz.

Demás de esto, sentíase envejecer.

La falta por él cometida en otro tiempo pesaba cada vez con mayor pesadumbre en su conciencia: en expiación de la misma aceptaba como merecido castigo los disgustos que con los más fútiles pretextos le daba Malaquea, disgustos que habían minado profundamente su salud, antes robusta.

Por la época en que Enrique salió del colegio ya estaba Sabiello muy enfermo; sin embargo, abandonaba de vez en cuando la granja, arrastrando los pies, con el solo objeto de verlo, si la casualidad lo ponía en su presencia.

Aun cuando no lo había vuelto á ver desde la noche de su nacimiento, hubo de reconocerlo al punto la primera vez que se encontró con él, y su corazón de padre, en el que habló sin duda la voz de la sangre, estuvo á punto de hacerle traición.

¡Qué guapo, qué esbelto y qué fuerte era su Enrique! ¡De qué buena gana lo habría abrazado! El martirio de no poder hacerlo se aumentaba con la necesidad

en que se veía de contener la expansión de su ternura, de ocultar á todas las miradas los signos exteriores de su paternal orgullo.

El cariño que por Enrique sintiera de pronto era tanto más violento y explicable cuanto que durante catorce años que llevaba ya de matrimonio llegó á perder la esperanza de tener sucesión legítima.

Y he aquí que ahora Malaquea se hallaba en cinta. Era una dulce ilusión, sin duda, pero tardía, que no bastaba á alegrar el corazón de aquel hombre, que declinaba cada día más.

Este embarazo de Malaquea motivó una escena que debía tener, en lo porvenir, extraordinaria y fatal repercusión.

Durante los primeros meses de su preñez, y cuando Sabiello, ya bastante enfermo, sólo podía obtener la ansiada paz doméstica á fuerza de sumisión y de concesiones en beneficio de su mujer, tuvo ésta un antojo, sencillo, si se quiere, pero de todo punto irrealizable, por lo menos en la forma que lo deseaba la embarazada.

Quería ésta un collar de coral púrpura que ella veía expuesto en la vitrina de un joyero, en el puerto de Ajaccio. Para satisfacer este antojo, bastábale en realidad con enviar á Akmet á la ciudad, ó con escribir al joyero; pero desgraciadamente, su antojo iba más allá. Era de todo punto preciso recibir ese regalo de las propias manos de su marido; quería que éste hiciese por sí mismo la adquisición de la joya, y para ello que realizase personalmente el viaje á Ajaccio.

Esto equivalía á pedir la luna, pues apenas si Ricardo podía salir al jardín y el médico le había prohibido todo trayecto en carruaje como contrario á su afección cardíaca.

Un día que, enojada porque no veía satisfecho su antojo, la argelina hubo de mostrarse particularmente dura con su marido, éste, para calmarla y que le dejase en paz hubo de prometer.

— Mujer, ya lo tendrás; te aseguro que tendrás ese dichoso collar...

— ¿Cuándo? — preguntó ella.

— No lo sé, pero pronto, pronto... Con seguridad antes de que salgas de tu estado.

Por aquel día no se habló más del asunto. Ella dudaba de que su marido pudiese hacer lo que decía, y él preguntábase en virtud de qué milagro le sería dado cumplir lo prometido.

Fué por aquel entonces cuando Sabielo se enteró del crimen que era causa de que su hijo Enrique tuviese que ganar la espesura, y tuvo entonces algo así como conciencia de que la maldición continuaría pesando sobre su raza; como la visión de una horrible lucha fratricida que se preparaba para lo porvenir... El hijo sin nombre, el niño paria debutaba en la vida con un crimen. El debut no podía ser más lúgubre.

Sabielo sentía que el fin de su existencia estaba próximo. Para que no resultara cierta una horrorosa predicción, cuyo secreto guárdabase en el interior del tablero inferior del mueble turco, quiso vencerse á sí mismo, y se decidió á hablar á su mujer de la existencia de aquel hijo que aun no había logrado estrechar entre sus brazos.

— Querida Malaquea, — díjole una noche en que le pareció verla bien dispuesta; — ha llegado la hora de que te diga algo que más tarde ó más temprano habrías de saber... Me parece preferible que lo sepas por mí mismo. Antes de conocerte, tuve relaciones con alguna otra mujer... eso no puede sorprenderte... Una de ellas me dió un hijo...

— ¿Qué dices? — exclamó Malaquea disimulando mal la cólera que comenzaba á apoderarse de ella. — ¿Tú tienes un hijo?

— Ya sé que debí confesártelo antes, mucho antes... sí, ese era mi deber... antes de que nos casáramos... ¡Pero me querías tanto entonces, Malaquea!... Tuve miedo de darte ese golpe. Más tarde ese secreto asomaba á mis labios con frecuencia, y siempre demoré la confesión del mismo; unas veces por no ver disminuída tu ternura, otras por temor á tus arrebatos... Fué una locura, ¿verdad?

— La locura es la de hoy; ¿me contarías tus historias galantes si te hallaras en tu sano juicio? ¿Ignoras acaso que ni puedo ni debo oírlas?

Profundamente afectado, Sabielo continuó hablando con voz lenta y triste:

— Yo creo Malaquea que te equivocas: ¿no comprendes, por el contrario, que ha llegado la hora de la confesión, esa hora fatal que siempre temí y que he ido retardando siempre por no sé qué vanos escrúpulos? ¿No se te alcanza, como se me alcanza á mí, todo el horror del crimen que consiste en abandonar cobardemente á un hijo sin nombre...? ¡Ah, dime que lo comprendes!... Sé buena, Malaquea, y déjame que antes de bajar al sepulcro reconozca á ese pobre ser que me debe la vida... Perdona al inocente una falta que perdonas, de seguro, al padre culpable...

— ¡Jamás! — rugió la argelina, cuyo furor iba en aumento.

La mirada de Sabielo comenzaba á velarse y las palabras salían de sus labios con bastante dificultad.

Luego de suspirar largamente prosiguió:

— ¿De modo que te crees capaz de cometer la cobardía de impedir á un moribundo que haga un hombre de un paria?

— Cobardía ó no, debo hacerlo, aunque no fuera más que por el ser que llevo en las entrañas.

— No vayas á creer que pensé nunca en dar un hermano á nuestro hijo, no; tampoco es cosa de distraer ni un céntimo de su fortuna en favor de Enrique. Este se contentará...

— ¡Enrique! — interrumpió Malaquea: — ¿Será acaso ese muchacho que los Bozzo han educado como si fuera hijo de ellos, el que...

— Sí, Malaquea, sí. Su instrucción me la debe á mí. Se la he hecho dar sin que tú lo supieras, y ese es el único bien que de mí ha recibido... Decía que Enrique se contentará con unos cuantos miles de francos que formaban la fortuna personal de su padre... Pero ya que le despojamos de todo, permite que le abra siquiera las puertas del honor, déjame que le dé mi nombre...

— Nuestro nombre, querrás decir, — interrumpió la terca argelina. — Pues bien, no; de ningún modo. Ningún derecho tienes para dar tu nombre á aquel de quien has hecho un paria. Cuanto al honor, ni tú ni yo pode-

mos dárselo. ¿Quién es capaz de honrar á un asesino?

— ¡Asesino! — repitió Sabielo á quien molestaba cierto estertor convulsivo. — Cuidado Malaquea, cuidado... ¿Sabes acaso quién era el hombre á quien Enrique mató involuntariamente?

— Sí que lo sé: un señor Lampessadas, teniente de gendarmería.

— ¡Era el marido de su madre!

— ¿De veras? Y aunque así sea, ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿Vas acaso á presentarme ahora á tus queridas?... Para empezar, convengo en que no es mal principio el de tu bastardo.

De los ojos de Sabielo se desprendió una lágrima silenciosa.

Ya no veía nada.

— Ten cuidado, — seguía repitiendo; — mira que la profecía lo anunció... Sólo la compasión es capaz de modificar los instintos del tigre con aspecto humano...

— Está delirando, — murmuró sin inmutarse Malaquea.

— ... Y tú no sabes lo que es compasión... ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!... Segunda víctima, la mujer de su... ¡Ah, el collar rojo!... ¡Ah!...

Sabielo, con los ojos inmensamente abiertos contemplaba lleno de espanto á Malaquea; un momento tendió hacia ella los brazos, como suplicándole piedad para él y para su hijo; pero vencido sin duda por el esfuerzo realizado, cayó pesadamente sobre la almohada, mientras se escapaba de sus labios, ya inmóviles, un débil suspiro.

Ricardo Sabielo acababa de morir sin que le fuera posible terminar la frase comenzada.

Malaquea, como si no se diese cuenta de lo acaecido, contempló sin inmutarse el cadáver de su esposo.

— ¡El collar rojo! — repetía con acento sarcástico. — ¡Claro! mintió al prometérmelo, y ahora le ahoga su mentira... Y yo no tendré el collar antes de salir de mi cuidado...

Malaquea se equivocaba.

Ya hemos visto que sí debía tenerlo... y que su dureza de corazón iba á verse castigada de un modo terrible.

## VI

## MORDEDURA DE AGONIZANTE

Los hermanos Bozzo, Constante y Francisco, estimulados por su hermano de leche, corrían desesperadamente por el camino de Ajaccio.

Avanzaba la noche, y para llegar á tiempo al barco á bordo del cual tomaran pasaje, y que les esperaba, érales indispensable apresurar la marcha.

Cierto que la distancia entre Sartène y Ajaccio, á vuelo de pájaro, es de treinta kilómetros: pero si se tiene en cuenta que el camino serpentea, y que la región que el mismo atraviesa es montuosa y ondulada, á nadie extrañará que digamos que era en realidad un trayecto de cerca de sesenta kilómetros, es decir algo más de una legua por hora, el que los tres jóvenes tenían que recorrer para llegar al barco.

Valvamos un poco atrás por un momento.

Una vez perpetrado su crimen, Enrique, perseguido por la visión horrible del cuadro de sangre y duelo de que era autor casi inconsciente, decidióse á ponerse en salvo huyendo por el mismo camino que siguiera para penetrar en la habitación mortuoria, pues que la presencia de los jardineros en el piso bajo le cortaba la retirada por aquel sitio.

Preso de un terror invencible, llevando imborrable en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 3625 MONTERREY, MEXICO